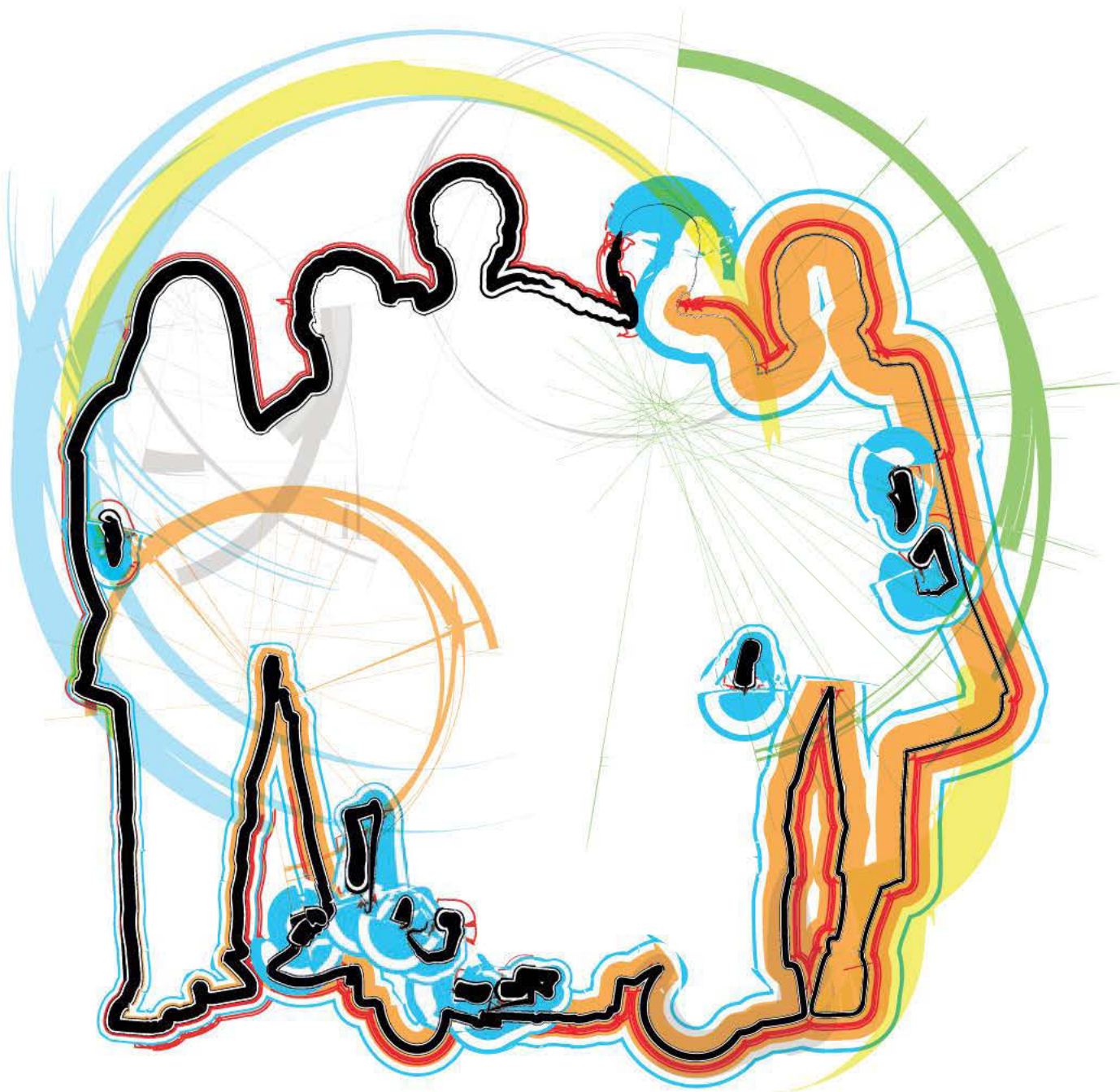


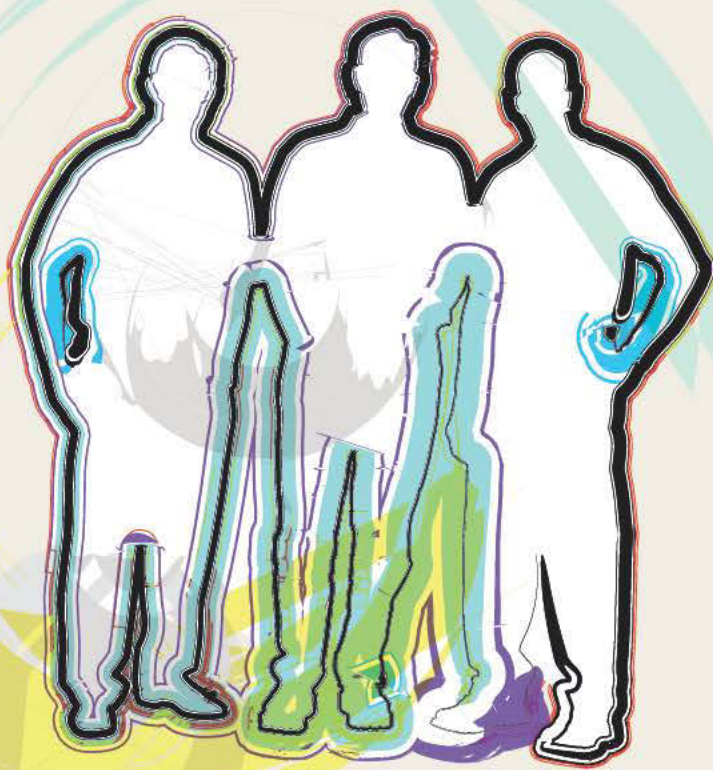
Procesos de vida cristiana

JESÚS-ANDRÉS VICENTE
DOMINGO

Sacerdote. Párroco
de El Salvador, en el barrio
del Capiscot-Gamonal de Burgos,
y consiliario diocesano
de Acción Católica General

Reflexiones para un proyecto pastoral





Dado que los nuevos cristianos no nacen ya del ambiente o de las instituciones sociales y eclesiales, urge poner en marcha “procesos de fe” que contribuyan a desbloquear la situación actual. Se trataría de recuperar los modos de hacer de la Iglesia primitiva, que arrancaban con el conocimiento personal de Jesucristo y culminaban en la incorporación activa a la comunidad eclesial. Si logramos que aquellos “procesos de vida cristiana” sirvan hoy como modelo para revisar y encauzar lo que hacemos, estaremos más cerca de trazar un proyecto pastoral bien definido, que nos permita saber qué queremos hacer, por qué y cómo.

Partimos de una constatación elemental: los **cristianos “viejos”** (jóvenes o mayores, que, por gracia de Dios y sin mérito nuestro, profesamos la fe cristiana en el seno de la Iglesia) hemos de engendrar “**nuevos**” **cristianos** (aquellos que, desde situaciones variadas y por causas múltiples, no viven conscientemente su fe en Jesucristo). Es algo evidente, urgente y necesario: solo los ya cristianos pueden “hacer otros cristianos”, para desbloquear la situación de parada funcional en la

que nos encontramos. Los nuevos cristianos no nacen ya del ambiente o de las instituciones sociales, incluidas las de la propia Iglesia.

Por encima de todo debate de ideas y tendencias, se impone, pues, una realidad práctica: **¡hacer cristianos!** Pero, ¿cómo “se hacen” cristianos? Sin duda que muchos de nosotros tenemos nuestras opiniones. Bueno será, sin embargo, que las confrontemos con “los procesos” que encontramos en el Nuevo Testamento. No hablamos ahora de los diferentes “métodos

pastorales”; estos son muchos y están en constante surgimiento. Aquí nos referimos a aquellos procesos básicos según los cuales surgieron los primeros cristianos y se formaron las primeras comunidades de la Iglesia del Señor. Tratamos, pues, de presentar aquellos “procesos de vida cristiana”, que sean arquetipo y modelo para revisar y encauzar lo que ya estamos haciendo.

El término *proceso* pretende traducir al lenguaje pedagógico actual el vocablo neotestamentario *camino* (ódos: cf. Hch 9, 2), a riesgo de perder gran parte de su riqueza bíblica, teológica y espiritual. Lo distinguimos de otros términos familiares (*itinerarios*, *catecumenado*, *iniciación cristiana*...), que –como veremos– tienen su especificidad propia. Nos referimos aquí a los “procesos de fe” que siguen las personas desde los umbrales hasta su meta: el conocimiento personal de Jesucristo y la incorporación activa a la comunidad eclesial.

Nos hemos fijado en los pasos principales de un proceso de fe, tal como los encontramos especialmente en los evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las cartas de san Pablo. Su número, su denominación y su orden puede ser algo opinable, ciertamente. También advertiremos que nos situamos en el terreno de la acción de Dios, de su gracia que excede todo conocimiento. Por lo tanto, no son “procesos” mecánicos ni mensurables. Dios mismo, en su soberana libertad, puede dirigir estos “procesos de fe” a su manera, acelerando los ritmos, intercambiando los pasos o suprimiendo claramente alguno de ellos. Con todas estas reservas, nos atrevemos a formular **siete pasos básicos**, que marcan un proceso, un camino típico de vida cristiana.

I. PASOS EN EL PROCESO TÍPICO DE LA VIDA CRISTIANA

1. Preámbulos de la fe

Este primer paso nos sitúa en el umbral del proceso. Lo denominamos con la expresión clásica de “preámbulos de la fe” o preparaciones evangélicas. El punto de partida ha de ser esta convicción creyente: **la acción de Dios nos precede**, por medio de su Espíritu, en el corazón de toda persona. Esta acción universal

se nos da por medio de Jesucristo, único Maestro y Salvador, y, por caminos misteriosos, nos lleva hasta Él (cf. Vaticano II, GS 22).

Los preámbulos de la fe pueden ser múltiples y bien diversos (intelectuales o afectivos, de gozo o de sufrimiento, según sea su repercusión en el sujeto). Señalaremos algunos ejemplos bíblicos:

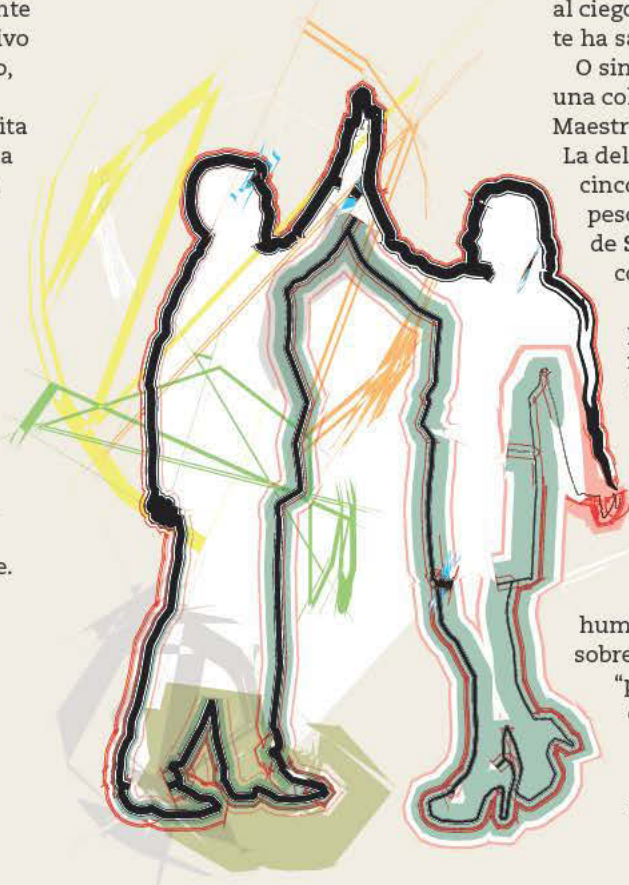
- El descubrimiento de un tesoro valioso, el anuncio de una Buena Noticia (los pastores de Belén).
- El cumplimiento de un deseo profundo, de las expectativas y las promesas que cada uno acaricia en su vida (Simeón y Ana).
- La vida en el hogar, el trabajo honrado y humilde (Sagrada Familia en Nazaret).
- Una actuación moral honesta, coherente con la propia conciencia y beneficiosa para los demás (el centurión).
- La búsqueda de la verdad a través de la reflexión y del estudio (los Magos de Oriente, el legista que acude a Jesús, Nicodemo, algunos oyentes de Pablo en el Areópago).
- Las experiencias espirituales que elevan la mente y dilatan el corazón (la contemplación de la naturaleza, el silencio, la noche, el desierto, la meditación).
- Una obra comunitaria felizmente cumplida, un acontecimiento festivo y participativo (las ofrendas de oro, incienso y mirra, la unción con el perfume, las bodas de Caná, la visita de Jesús a Lázaro, Marta y María, la pesca milagrosa, la multiplicación de los panes, las comidas en casa de publicanos y pecadores).
- La contemplación de la obra de arte que nos abre a las maravillas de Dios (la belleza del Templo de Jerusalén).
- El sufrimiento que se adueña de la persona y le lleva a preguntarse por el sentido de su vida (los leprosos, los endemoniados, el buen ladrón...).
- Las curaciones de enfermos, que suscitan el estupor de la gente.
- La predicación de Jesús y de los apóstoles, que causa la admiración de los oyentes.
- La conciencia de ser pecadores, manchados por dentro y por fuera, culpables del sufrimiento de gente inocente (la samaritana, Zaqueo, la adúltera).

■ Los pobres y necesitados de ayuda y comprensión; aquellos que dependen del cuidado de los demás y que, en su desvalimiento, son considerados bienaventurados por Dios.

■ Aquellos que son sensibles a la inocencia de los niños o a la bondad de los ancianos; los que se compadecen del prójimo que sufre (el buen samaritano).

■ Quienes sienten celo por las injusticias y tratan de combatir las causas y las consecuencias de las grandes plagas de la humanidad: la violencia, el hambre, la guerra, las desigualdades, el deterioro del planeta...

Como podemos observar, estos “preámbulos de la fe” son situaciones vitales, acontecimientos que se experimentan; no planteamientos teóricos. Son situaciones comunes a todas las gentes, épocas y culturas; situaciones que se pueden repetir a lo largo de la vida. Suponen un punto de arranque, una apertura del corazón y una actitud positiva hacia la fe cristiana. Son preparaciones existenciales y necesarias para lo que vendrá después. Sin ellas, es imposible comenzar el proceso. “¡Ay de vosotros los ricos, los que ahora estáis saciados!...” (Lc 6, 25).



2. La fe implícita

Hablamos aquí de “fe”, pues pensamos en conductas que tienen a Jesucristo y a la Iglesia como motivo (quizás no el único, ni expresamente consciente); pero la calificamos de “implícita” porque en ella no aparece aún la confesión explícita del nombre del Señor Jesús como referencia suprema de quien lo invoca (cf. Hch 3, 16; 9, 16.21).

Muchos son los casos de “fe implícita” que encontramos en la escritura. Algunas veces se trata de simples acciones externas, sin más palabras, pero que demuestran que hay en el interior de la persona al menos una fe incipiente.

■ Por ejemplo, transportar al amigo paralítico hasta donde se encontraba el Nazareno. “Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico...” (Mt 9, 2).

■ A la pecadora que ha ungido sus pies con grandes lágrimas: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz” (Lc 7, 50).

Otras veces estas acciones van acompañadas de unas palabras de súplica y de confianza:

■ Un caso eminente, el del centurión. “En verdad, en verdad os digo que en todo Israel no he encontrado una fe tan grande” (Mt 8, 10).

■ Parecidas palabras dirigirá al ciego Bartimeo: “Vete, tu fe te ha salvado” (Mc 10, 52).

O simplemente se tratará de una colaboración ocasional con el Maestro, que este valora agradecido. La del chiquillo que le proporciona cinco panes de cebada y dos pescados (Jn 6, 9), o bien la ayuda de Simón de Cirene cargando con la cruz (Mc 15, 21).

Estas acciones y estas palabras, en principio “poco religiosas”, suponen un comienzo de fe a los ojos de Jesús. Son ya fruto de la atracción interior del Padre hacia Él (cf. Jn 6, 37.44.65) y, como tales, las valora. Jesús no es dualista: nunca hablaría de motivos humanos/motivos divinos; natural/sobrenatural. Forman un único “proceso”, alentado todo él por el mismo Espíritu, que va de menos a más, y que supone una cadena de gracias de Dios y de respuestas del hombre.

3. El encuentro personal con Jesucristo

Este es el paso esencial; en él se produce un salto cualitativo. La fe no avanza por la cantidad de actos, por la mera acumulación de acciones, sino por una decisión libre de la persona, que en un momento dado se abre progresivamente a la acción del Espíritu.

Cuando, tras un *primer anuncio* o *kerigma*, los oyentes se han encontrado con Jesucristo, sus anteriores motivaciones (la admiración, la curiosidad, la generosidad, las ganas de colaborar... salir de un bache, superar un problema...) deben ser relativizadas. Volver a ellas sería regresivo y contraproducente. “Las obras que Dios quiere”, dirá Jesús a los judíos, ya no son organizar comidas solidarias, como la de los panes y los peces, sino “creer en Aquel que Dios ha enviado” (Jn 6, 29). Ahora todo se centra en Él, en su persona, que es el *verdadero Pan de Vida*.

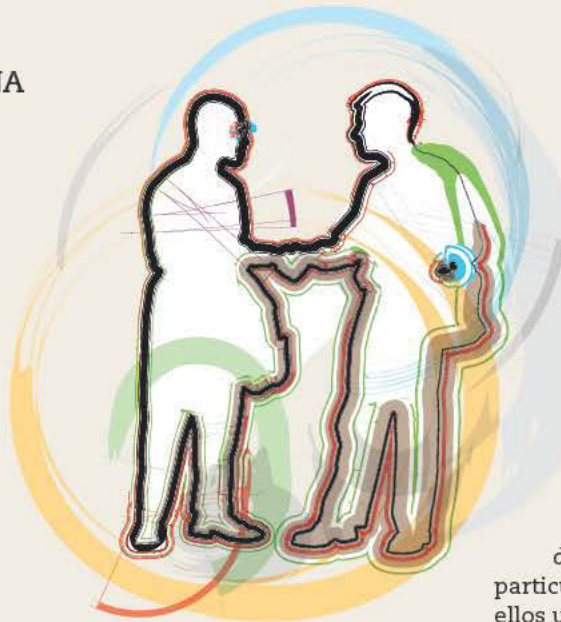
La fe se plantea como una relación personal, una amistad que se ha de proseguir con un trato creciente. Así fue la vocación de los primeros discípulos, especialmente en el caso de Juan y Andrés: “¿Qué buscáis?” (...). ‘Rabbi –que significa ‘Maestro’–, ¿dónde vives?’ (...). ‘Venid y lo veréis’” (Jn 1, 38-39).

¿Qué bellamente lo expresaba san Efrén!: “Haz, Jesús, que yo te conozca, porque si te conozco, te amaré y, si te amo, te seguiré”. Con estas palabras, y en una sola frase, nos está describiendo el “proceso de la vida cristiana” en su totalidad.

¡Hemos encontrado al Mesías, dirán Andrés, Juan y la Samaritana! ¡Hemos encontrado al Salvador del mundo, dirán los habitantes del pueblo de Samaría! Cambia el título cristológico, pero la perspectiva es la misma: la persona de Jesús encontrada en la fe. Y, por ello, el mismo entusiasmo, la misma pasión. El conocimiento de Jesucristo no nos deja indiferentes. ¡Hemos encontrado la perla preciosa, el ideal de nuestra vida, y hay que estar dispuestos a venderlo todo! Así le ocurrió a san Pablo (Fil 3, 7-11).

4. La conversión de vida

La prueba que nos permite verificar que nos hemos encontrado con Cristo es la conversión. Nuestra vida anterior



queda juzgada y sentenciada. ¡Solo merece la pena conservar aquello que podemos ofrecer al Señor y ser útil al prójimo, aunque sean cinco panes y dos peces! Nuestra gloria y nuestra hacienda han cambiado de dueño.

Esta primera conversión sigue inmediatamente al primer encuentro con Jesucristo. No es algo elaborado posteriormente. Encuentro y conversión son el anverso y el reverso de un mismo acontecimiento. Como sucedió al escuchar el discurso de Pedro en Pentecostés (Hch 2, 36-38).

Con esta fe explícita, reconocida y confesada, y con la conversión radical que la sigue, ya se podría acceder al **Bautismo cristiano**. Sin embargo, la praxis posterior de la Iglesia llevará a posponerle hasta que se cumpla un período de iniciación a la vida cristiana en su conjunto, el **catecumenado**. Así lo hará el propio san Pablo, reconociendo que su prioridad de apóstol no es la de bautizar a cualquier precio, sino la de anunciar el Evangelio (1 Co 1, 13-17). Para ello, Pablo se quedará en Corinto no menos de dieciocho meses instruyendo a los creyentes y acompañando los procesos de fe para engendrar la comunidad cristiana.

5. Hacernos sus discípulos/apóstoles

Los bautizados empiezan o prosiguen una nueva vida, un tiempo de *mistagogía* espiritual, eucarística y sacramental; un discipulado creciente; una comunión de oración, de vida y de bienes. Así nos lo presentan los famosos sumarios del libro de los Hechos (2, 42-47; 4, 32-38).

Aquellos creyentes que han acogido en su vida a Jesucristo

como su verdadero y único Maestro han de desarrollar el discipulado bajo la dirección de los apóstoles y sus sucesores. No son discípulos teóricos, sino “seguidores” del Maestro, que van a donde Él va; escuchan lo que Él dice, fijándose dónde, cómo y a quiénes lo dice; ven lo que Él hace y captan sus motivaciones; se benefician de sus enseñanzas y gracias particulares. Va creciendo así en ellos una relación vital cada vez más estrecha y personal con el Maestro.

El ejemplo supremo es el de Jesús formando a sus discípulos, sobre el terreno y en plena vida, tal y como nos lo transmiten los evangelios. No es una formación académica.

Como nos lo recuerda el papa Francisco (EG 119-121), ser discípulo y apóstol o misionero de Jesucristo constituye la cara y la cruz de la misma moneda. Ambas dimensiones han de ir juntas. Lo que se va conociendo y viviendo del misterio cristiano no se puede ocultar bajo el celémín, se ha de comunicar con gozo y gratuidad. “Ay de mí si no evangelizara”, dirá san Pablo, apelando a su propia experiencia vital (1 Co 9, 16-19). Con el testimonio y con la palabra.

6. Asumir responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad. Los carismas y la vocación

Las comunidades cristianas se estructuran no según criterios humanos, administrativos o de eficacia empresarial, sino conforme a los distintos carismas con que Dios mismo las enriquece. Así lo vemos en el episodio de la institución de los Siete en la Iglesia primitiva (Hch 6, 1-7).

Los carismas no se limitan a la organización y vitalidad interna de la Iglesia, sino que desbordan a todos los campos de la vida social (familia, trabajo y relaciones laborales, política, sanidad, comunicación, enseñanza, ciencias y estudio...).

Los procesos de vida cristiana por principio no acaban nunca. Pero tienen una frontera que atravesar: el descubrimiento de la propia *vocación-misión* en la vida personal. La **Vocación** (con mayúsculas),

que Dios adjudica a cada uno de los cristianos, supone el culmen de la **iniciación cristiana**.

7. Mantenerse fiel al grupo de fe

Todo cristiano ha de poder contar con una pequeña fraternidad, un grupo de fe, en el que participar como miembro activo. No basta el grupo de acción (catequesis, liturgia, piedad cristiana, Cáritas, enfermos, animación misionera, inmigrantes, militancia social, organización de campañas o eventos arciprestales o diocesanos, devociones y religiosidad popular...). La participación en estas actividades sectoriales (o en las “formaciones” correspondientes que les son anejas) no supe a lo que aquí llamamos **“grupo de fe o de vida cristiana”**, en el que cada miembro participa de manera estable, comparte su vida y alimenta su experiencia de creyente en Jesucristo y va creciendo en ella. Uno puede colaborar en varios grupos de acción, pero lo normal es que solo tenga un grupo de vida.

II. PROCESOS, MÉTODOS Y COMUNIDADES

Una breve reflexión teórica nos ayudará ahora a aclarar y fijar conceptos. Mal nos situaremos ante la complejidad de las realidades pastorales actuales, si no tenemos una visión común y

no manejamos una terminología unívoca, sencilla y comprensible.

1. Procesos

Los acabamos de ver en el Nuevo Testamento. Ellos inspiran la actividad pastoral de Jesús y los apóstoles. Responden a una lógica de crecimiento en la fe, por lo que van de menos a más. Gráficamente, los podríamos sintetizar representados por una **serie de círculos concéntricos**. Cada uno de ellos integraría a un colectivo de personas en función de estos tres parámetros básicos: grado de búsqueda religiosa, grado de adhesión a Jesucristo, grado de conciencia de Iglesia y de pertenencia a la misma. Con títulos bíblicos podríamos señalar los siguientes círculos:

a. Los prosélitos. Aquellas personas “temerosas de Dios”, que le buscan sinceramente y, por ello, están abiertas al anuncio de la fe. Han visto con admiración el testimonio de los creyentes y en su interior se hacen preguntas que desean compartir con quienes les sepan dar razón de su esperanza. Forman el círculo más amplio y corresponderían a los pasos primero y segundo del esquema precedente.

b. Los discípulos. Han decidido en su corazón conocer personalmente a Jesucristo y seguirle más de cerca

en su Iglesia. Se dejan enseñar y acompañar. Están, pues, de lleno en los pasos tercero y cuarto.

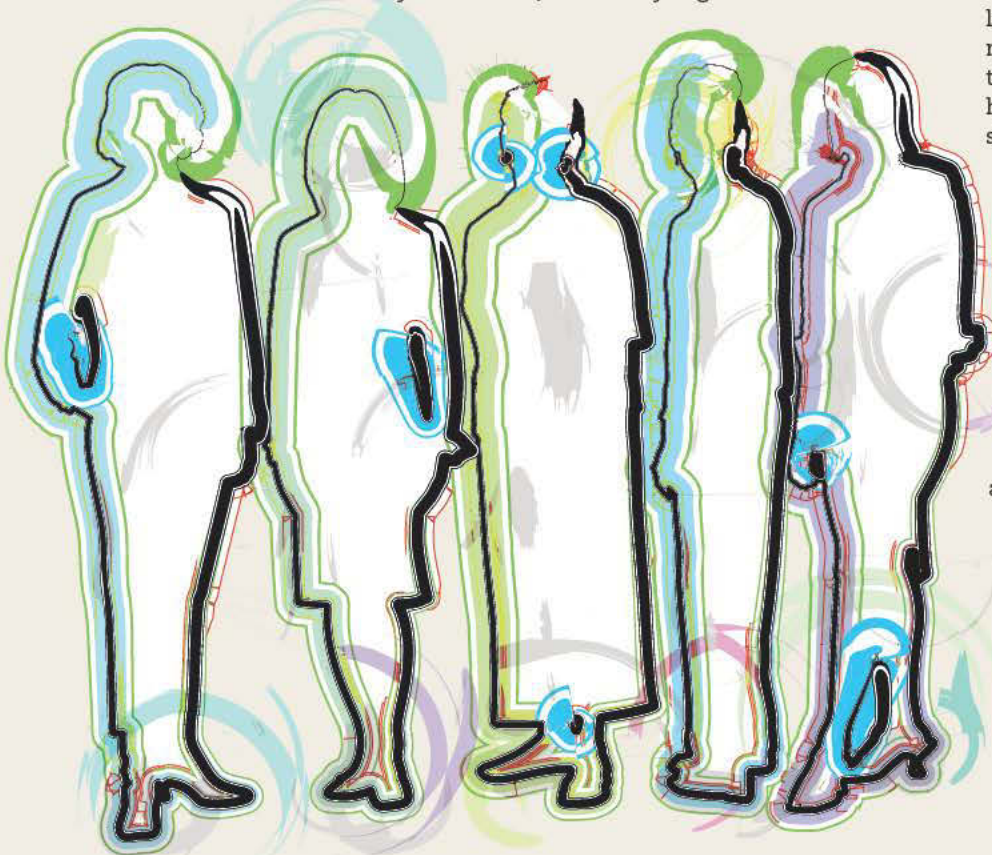
c. Los apóstoles. Sin dejar de ser discípulos, estos sienten la necesidad de comunicar a los demás lo que han visto y oído. Están dispuestos a asumir algunas tareas apostólicas en un espíritu de comunión eclesial, sin regatear esfuerzos y penalidades, porque sienten que el conjunto de la comunidad reposa también sobre ellos. Los situamos en los pasos quinto y sexto.

d. Los testigos. Estos cristianos mártires o testigos de la fe la han probado ya en la persecución –cruenta o incruenta– por el Señor y el Evangelio. Han demostrado tener el don del Espíritu, que les hace fuertes frente a los envites del mundo. Son personas de fiar, capaces no solo de “hacer cosas”, sino de entregar su vida por Cristo y su Iglesia. Viven su fidelidad en el seno de la comunidad cristiana, no como “francotiradores”; por eso, su estado correspondería al paso séptimo y último del proceso.

Estos cuatro círculos están unidos dinámicamente. En ellos, se experimenta una tensión espiritual desde la periferia hacia el centro. Es precisamente en el centro, el Misterio de Cristo, donde radica la fuerza de la atracción. No son, por lo tanto, unos compartimentos estancos ni unos lugares en los que permanecer de manera estable. Señalan situaciones transitorias, progresivas. Cada una ha de ser superada e integrada en la siguiente. Tampoco son etapas de un itinerario curricular, en el que se adquieren diferentes conocimientos o habilidades de manera sucesiva.

Se trata de un crecimiento y maduración global e integral de la persona. Según crece el ser humano, así también ha de crecer el cristiano.

San Pablo empleará esta comparación cuando habla de “niños en la fe” que no admiten aún el alimento sólido (1 Co 3, 1). Por eso, los procesos de fe se adaptan normalmente a las tres grandes etapas de la existencia humana: **infancia, juventud y adultez**. Se pueden repetir o reproponer cuando la vida cristiana de la persona no llegó a madurar o se interrumpió, quedándose anclada en un momento anterior de su



experiencia vital. Si no hay tensión de crecimiento en la fe, lo lógico es que se retorne a una religiosidad difusa, al “paganismo” como forma de vida.

Para determinar los “procesos de fe” de cada persona, hemos de partir no de la ley o la doctrina abstracta, sino de su situación existencial, en el círculo concéntrico en el que de hecho se halle. Esto no es algo casuístico o puramente jurídico, mediante la aplicación de las normas de la Iglesia. Tampoco se trata de que el candidato rellene una “ficha de inscripción”; no es él quien decide dónde se encuentra. Es una tarea de discernimiento que han de hacer las comunidades cristianas y, en su nombre, las personas designadas. Con una mirada creyente, teologal; como la de Jesús, quien no aplicaba automáticamente la ley, para dictaminar el estado de justicia o pecado de la persona, como hacían sus adversarios, sino que, identificado con el amor misericordioso del Padre, se ponía en el lugar del otro para ayudarlo a crecer (cf. Jn 8). Los destinatarios de la acción pastoral son personas concretas en su situación concreta: un terreno sagrado como el de la zarza ardiente en el que hay que entrar descalzos.

Según sea el resultado de este **discernimiento** personalizado, tales serán las propuestas pastorales que se vayan a aplicar con la finalidad de promover el salto al círculo inmediatamente superior. Y es aquí –y solo aquí– donde entran en juego “los métodos pastorales”.

2. Métodos

Los “métodos” están en función de los “procesos”. Son necesarios, pero no son ni lo primero ni lo esencial. Aplicar un método pastoral, sin ser conscientes del “proceso de fe” en el que se sitúa y al que sirve, nos expone a los peligros que denuncia san Pablo: ser como un metal que resuena, haciendo ruido pero sin transmitir nada articulado; proporcionar conocimientos que se almacenan sin estructurar a la persona del cristiano; detenernos admirados en

manifestaciones extraordinarias y milagrosas, que no edifican a la comunidad; promover una generosidad ética hasta el heroísmo, basada en la propia persona y no en la acción de Dios (1 Co 13, 1-2).

Sentado esto, los métodos pastorales son imprescindibles. Continuamente los utilizamos en la catequesis, la predicación, la pastoral sacramental, la formación de laicos, la animación litúrgica, misionera, sanitaria... Pero nos hemos de parar a reflexionar en función de qué objetivo los escogemos y evaluar sus resultados. Los métodos han de ser conocidos en su utilidad propia y aplicados con transparencia y buen sentido.

Por su propia naturaleza, son variados, evolutivos y funcionales. Pueden deslumbrar por su aparente “eficacia”, pero los pastores de la Iglesia han de huir de las modas que denotan superficialidad y vacío interior. No han de sacralizarlos ni mantenerse en ellos de manera rutinaria, por pura pereza pastoral o resistencia al cambio. El beato Antonio Chevrier, uno de los mejores catequetas del siglo XIX, advertía a sus colaboradores: “No es el libro el que evangeliza, sino el catequista”. Y es que la validez de cada método no es automática; radica, sobre todo, en la persona que lo aplica.

3. Comunidades

El sujeto que evangeliza es la comunidad cristiana, una congregación de creyentes que han recorrido el camino y están dispuestos a acompañar a los principiantes o a los que están en el intermedio. La comunidad se configura según su diferente origen, naturaleza o carisma (comunidades parroquiales, arciprestales, asociaciones de fieles, movimientos apostólicos, comunidades religiosas...). Lo normal, e incluso lo deseable, es que una misma comunidad cristiana sea la que acompañe el proceso completo hasta integrar al candidato como miembro pleno y responsable. Pero también es posible y no infrecuente que se den situaciones mixtas como aquellas a las que se refería el Apóstol (cf. 1 Co 3, 5-11).

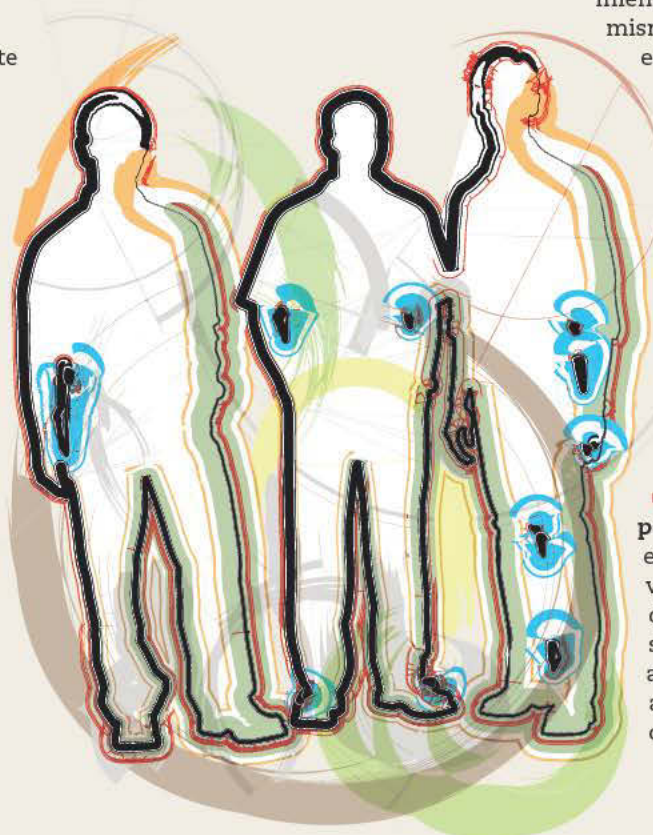
Las comunidades cristianas –sea cual fuere su naturaleza– se estructuran en torno a Cristo, que es su centro y fundamento. No trabajan para sí mismas, sino para el Señor; no buscan, por lo tanto, asegurar su supervivencia y su prestigio, sino hacer crecer el Cuerpo de Cristo, ofreciendo a los hombres el misterio de la salvación.

Toda la comunidad se sabe corresponsable de la evangelización de los nuevos cristianos, pero no de manera que cada uno de sus miembros tenga que hacer las mismas tareas. Cabe en su seno una especialización según los dones de cada agente. Unos pocos acompañan a los que están en proceso de vida cristiana, pero lo hacen con el mandato y el envío de la comunidad y contando con la oración y el respaldo de todos.

III. APLICACIONES PRÁCTICAS A NUESTRA REALIDAD ECLESIAL

Superando “tics” nocivos

■ **Una pastoral fraccionada por especialidades.** En este esquema, “los procesos de vida cristiana” corren el riesgo de ser adjudicados a ciertos servicios diocesanos creados al efecto (el catecumenado de adultos...), o a movimientos con un carisma particular

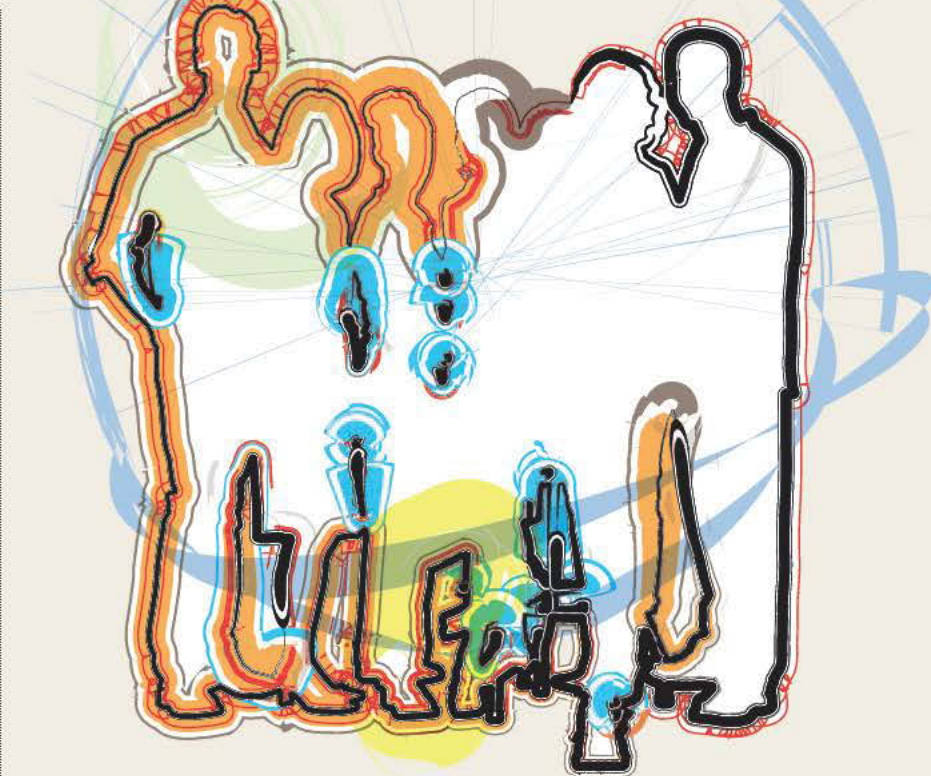


(Camino Neocatecumenal, Acción Católica, Cursillos de Cristiandad, Grupos de discernimiento ignaciano...), o a iniciativas novedosas de evangelización de calle... Para el resto, se seguiría manteniendo una “**pastoral generalista**”, la del “café para todos”. Por una parte, aplaudimos y favorecemos esas “pastorales alternativas”, que justifican nuestra conciencia misionera y la descargan de responsabilidades, y, por otra, continuamos haciendo lo de siempre (cf. EG 33).

■ **¿Nos atrevemos a revisar a fondo nuestras parroquias?**

El criterio a aplicar es claro: unas parroquias que no sean lugar de engendramiento y crecimiento en la fe están condenadas a la extinción. Si los cristianos que “quieren más” o que “necesitan más” se tienen que dirigir a grupos cristianos extraparroquiales (o a la parroquia vecina) para que les respondan a sus deseos..., ¡mala señal! ¿Por qué en un mismo arciprestazgo o territorio hay parroquias que “funcionan” (con dinamismo vital, con procesos continuados que enlazan a niños, jóvenes y adultos, que son vivero de vocaciones cristianas y atraen a los alejados por su testimonio) y otras que no? ¿Solo depende de la personalidad ocasional de los sacerdotes responsables? No es seguro. Más que justificarnos con teorías poco convincentes, ¿no sería preferible acercarnos a estas parroquias vivas e indagar en su trayectoria de los últimos treinta años, para encontrar respuestas? Por otra parte, si en la organización diocesana hay que reestructurar parroquias, ¿con qué criterios lo hacemos?, ¿puramente jurídicos o administrativos? ¿No contemplamos la oportunidad de hacer unas comunidades cristianas viables, que sean plantel de nuevos cristianos?

■ **El clericalismo, un problema sin resolver.** Unas comunidades eclesiales que no permitan el crecimiento y la sana emancipación de los laicos, hombres y mujeres, son hoy piedra de escándalo. Encorsetan e impiden la maduración del pueblo de Dios, causando fenómenos de rechazo, de frustración o de bloqueo. Una Iglesia clerical deseca las fuentes de los nuevos



cristianos. En este punto, hay que ser terminantes; no cabe aplicar el posibilismo o la neutralidad. Es mejor que tales comunidades no existan: hacen más daño a la Iglesia que un posible beneficio. Los resultados están a la vista.

■ **Las catequesis presacramentales, una respuesta ambigua.** Sin duda que es mejor tener unas acciones pastorales previas a la recepción de los sacramentos que no una dispensación anónima e indiscriminada. En este sentido, las catequesis presacramentales en sus distintos formatos (charlas, entrevistas, cursillos, grupos de preparación...) son una oportunidad de avance positivo para quienes las reciben. Pero, al mismo tiempo, ponen de manifiesto una serie de cuestiones colaterales que estas catequesis por su naturaleza dejan sin resolver. El problema mayor es el de la desproporción entre el sacramento que se recibe y el nivel de vida cristiana que, en general, se demuestra. Y no vale taparnos los ojos con razones de una teología desfasada o de un espiritualismo bien pensante: ¡es una salida tramposa al problema! A ello añadimos, generalmente, una praxis perniciosa que nos lleva a identificar “procesos” con “sacramentos”. Confundimos

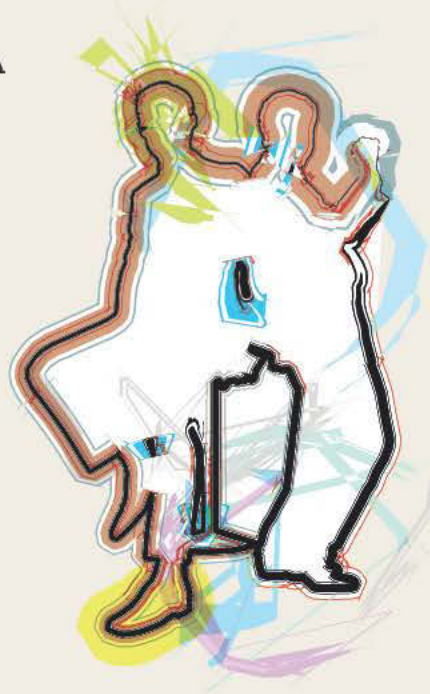
“hacer cristianos” con completar el itinerario sacramental. Luego, nos quejamos de que, una vez recibido el sacramento, el proceso se acabe.

■ **Una mala utilización de la doctrina canónica.** El derecho de la Iglesia es un instrumento al servicio del buen hacer pastoral, y no un manual de recetas. Con su claridad de principios, criterios y aplicaciones, el derecho forma una recta mentalidad en los pastores de la Iglesia, pero esto no sustituye –más bien, favorece– el necesario ejercicio del discernimiento. La sabiduría y la prudencia del pastor –¡el “ojo clínico”!– no son, en última instancia, objeto de codificación. Las normas canónicas ayudan a tener una mirada correcta y a distinguir las diferentes situaciones pastorales y espirituales de los fieles. Pero no están hechas para clasificar, juzgar y sentenciar las decisiones de su fuero interno. Ayudan a objetivar y proyectar los distintos procesos de fe, para que avancen conforme a la praxis de la Iglesia (cf. Juan Pablo II, constitución apostólica *Sacrae disciplinae leges*. AAS, 25 de enero de 1983). En definitiva, para ser fieles al derecho, hay que aplicar el principio paulino según el cual la letra ha de estar enraizada en el Espíritu. Tomada como un absoluto, resulta mortífera (2 Co 3, 6).

Crear verdaderos "procesos de vida cristiana"

Finalizando estas reflexiones, ha de quedar claro que entendemos por tales esos "procesos" que acompañen a la persona desde el primer anuncio hasta la plena integración en la comunidad cristiana y en la sociedad. Hoy en día no se puede "hacer cristianos" con ofertas sectoriales, parciales e inconexas. Se requiere un camino unitario. Basados en el "proceso típico" neotestamentario, que hemos descrito al comienzo de este documento, se trataría de crear estos procesos de fe en las distintas etapas de la vida de la persona: infancia, juventud, adultez. Con estas características:

- **Pocos en número**, para no dispersar fuerzas.
- **Con un carácter explícitamente diocesano**. Aprobados por la diócesis y llevados a cabo sobre todo en las parroquias, unidades parroquiales y arciprestazgos. Hay algunos movimientos eclesiales y comunidades religiosas que ya ofrecen "procesos" de este tipo. Habría que contar con ellos y con su experiencia, sin elevarles a modelo único.
- **Procesos grupales** en los que pueda encajar y crecer la persona sin sentirse forzada o ajena. Al tiempo que avanza en el conocimiento y la práctica de la fe, va adquiriendo el "afecto comunitario". Mal haríamos formando cristianos "a la carta", individualistas desde su raíz.
- La creación de estos "procesos" ha de ser **una opción prioritaria**; es decir, preparada y cuidada con



todas las garantías, evitando los típicos vicios de nuestra actual burocracia pastoral: la profusión de actividades duplicando o triplicando los calendarios, forzar los ritmos de las personas con impaciencia, funcionar "de evento en evento" sin visión de conjunto...

La pieza clave de estos "procesos" es la de **los agentes de pastoral** (sacerdotes y laicos) llamados a "acompañarles". Se trata, en efecto, de un **ministerio de acompañamiento cristiano**, que, por infrecuente, resulta ser un claro déficit en nuestras Iglesias locales.

No es lo mismo "acompañar" que prestar un servicio puntual, sin un antes y un después. Tampoco basta con celebrar el culto cristiano y los sacramentos de forma rutinaria, confiando en una acción desencarnada de la

gracia sacramental, sin comprobar el crecimiento ulterior de los feligreses; o bien, organizar eventos y actividades pastorales con distintas finalidades parciales. Para "acompañar" hace falta experiencia personal de vida cristiana, capacidad de discernimiento, trabajar desde "dentro" hacia "fuera" y no al revés. El acompañante ha de tener en cuenta la totalidad del camino que se quiere recorrer para saber en cada momento lo que conviene hacer y proponer a la persona y al grupo (EG 169-173).

En un proyecto eclesial

Estos "procesos de vida cristiana" se han de enmarcar en un **proyecto** bien definido. De esta manera, los agentes de la actividad pastoral (clásica o novedosa) sabrán dónde integrarse y cómo converger con las demás.

Hay proyectos y planes diocesanos o nacionales que más bien parecen una suma o yuxtaposición de objetivos y medios, de procedencia dispar, que un verdadero "proyecto". Cuando no se responde a unas realidades y necesidades bien precisas, cuando no se marcan unas prioridades claras, cuando, en fin, no se percibe coherencia y dinamismo, un proyecto nace muerto. Es desmovilizador e inoperante.

Muchos lo decimos y debe de ser verdad. En nuestra Iglesia occidental, más que "vocaciones especiales", falta ilusión y empuje en la globalidad de los cristianos. Para ello, se necesita un proyecto bien concebido que responda a las cuestiones elementales: **¿qué queremos hacer?, ¿por qué lo vamos a hacer?, ¿cómo lo vamos a hacer?** ●

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / **UE:** 171,60 € / **OTROS PAÍSES:** 165 € / **47 NÚMEROS AL AÑO**
Tel: 914 226 240 / **Fax:** 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos: **C.P.:**
Dirección:
Población: **Provincia:** **País:**
CIF/NIF (DNI): **E-mail:** **Tel:**

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)
 Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 118 / Correo electrónico: ppcedit@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribidora, S. A., C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupo-sm.com>; si usted no lo desea, por favor, comuníquenoslo.

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: **Firma:**